

nión pública de nuestro país, lo cual no es exacto.

Hay que ser juiciosos y sensatos. El pueblo siempre es soberano y dueño de sus destinos, ya sea convocado a cortes o auspiciado por otros rumbos, porque lleva en su médula esencial de vida y de libertad, a pesar de que sus sacrificios tengan a veces los tristes e inmortales episodios que concluyeron en Villalar, donde los grandes capitanes del pueblo ofrecieron al primer emperador extranjero sus cabezas y sus armas.

Seguramente su recuerdo no ha de ser del agrado de los profesionales del poder, de los que han fracasado por ineptos o por retardatarios, de los que hicieron un feudo personal de la nación, pero en su mismo pecado llevarán la penitencia. El pueblo dirá a los hombres y a los gobiernos cual es su mejor y su más decidida voluntad para seguir los caminos de su porvenir, y rotos los viejos moldes, pondrá todo su talento en reformar su vida económica, su vida política, su vida social, en busca del mejor desenvolvimiento de su progreso.

Lo demás, lo que trata del parlamentarismo, de la dualidad de poderes entre los legislativos, entre la palabra sonora del diputado que hace retórica y doctrina y no concreta, y el mandato del dirigente que quiere y desea obrar, no son más que postulados de buena o mediana intención, pero nunca una síntesis definitiva que trate de hacer feliz a ese pueblo, del cual tanto se ha abusado, tomándolo como cabeza de turco y llevándolo con himnos de una libertad mal comprendida, practicada a los sacrificios estériles que desgraciadamente son de todos conocidos.

## El último Jacobino

En un fonducho que hace esquina a las calles del Tigre y del León, había establecido su club popular el último jacobino. Y allí, a la hora del aperitivo, rodeado de unos cuantos vagos recalitrantes y de media docena de alquilones de repulsiva vitola, condenaba nuestro héroe la inconsciencia ambiente y el egoísmo del odioso burgués catalán que corría, de fiado, con su pitanza.

Los contertulios, embabiecados, oíanle hablar diariamente de puñales, pistolas, bombas de mano, regicidios, asesinatos y asonadas a plazo fijo. A veces, las menos, algún entrometido, añadía una iracunda apostilla a sus violentas soflamas. Pero siempre la voz gangosa del indomable revolucionario—mofletudo y rechoncho, luético y absentómano—, se imponía, estridente, a la de los desmazalados circunstantes que admiraban en él al único y legítimo descendiente de aquella chusma envilecida que, en 1789, saqueó el convento de los frailes Dominicos de París.

Cierta tarde—víspera de insólitos acaecimientos—, apareció el *personaje* de nuestra *epopeya* más exaltado y lenguaraz que nunca.

Es que barruntaba, bilioso, el momento sombrío en que el espíritu icnemo de Angiolillo, había de revelarlo a sus abyectos discípulos con el aplomo de un alconte ateniense y la bizarría de un Robespierre de nuevo cuño.

Dentro de unas horas..., al trágico conjuro de su oratoria populachera, la demo-

**MANUFACTURA DE ARTÍCULOS DE PIEL**  
**MONEDEROS, BOLSAS Y CARTERAS**

**JUAN RAMÓN**

**Exportación a provincias y ultramar**

**MALGRAT**

**Barcelona**

**AMMM**

ARXIU MUNICIPAL DE MALGRAT DE MAR